



SUMARIO

- ANTONIO DE LEZAMA
Sección vermuth.
- LUIS ESTESO
...Y vamos tirando.
- LUIS SANZ FERRER
Cantares baturros.
- CESAR JALON
Nuestros artistas y la guerra.
- EMILIO SEGOVIANO
Perdóname...
- SÉ M. BRAÑA
Del diario de una ingenua.
- N. DIAZ DE ESCOBAR
Confesión en juicio.
- J. PÉREZ RAMIREZ
Tres historias al vuelo.
- TINO, PACO MATEOS,
RINCON y BÉTICO
Varios dibujos y retratos de
Paquita Simón, Gregorio
Cruzada y Tino.

CARAS BONITAS



PAQUITA SIMÓN

¿Simón y que baila? ¡Lagarto, lagarto!... Pues se equivocan los lectores que tal exclamen, porque «simones» así, son para tomarlos, no por horas, sino por toda la vida. Paquita baila como los ángeles y es de una belleza rigurosamente celestial. Congue...

5 cénts.



Las verbenas de Madrid.

Oh, deliciosas noches de verbena, que comienzan la víspera del Santo de Padua y dan fin el 8 de Septiembre, con la fiesta de la Virgen de los melones!

Pensando en ellas se pasan nueve meses del año las mocitas madrileñas, y, sufriendo sus consecuencias, suele pasarse otros nueve alguna que otra gachí de ojos de brasa y corazón volcánico.

Este año, año de guerra y de desolación, como el anterior, la Providencia no ha sido propicia á los amantes de esas fiestas, heredadas del paganismo.

San Antonio de Padua, que es, además

de confesor, Patrono de las niñas bonitas y los noviazgos, ha recordado sus antecedentes bélicos y, para justificar el sueldo de Teniente Coronel de las milicias de Goa, que le asignaren los Braganzas, ha sacado la caja de los truenos, y, para no ser menos que los rusos, franceses, ingleses, alemanes, italianos, austriacos, húngaros, serbios, belgas, montenegrinos, turcos, albaneses, etc., etc., se entretuvo la víspera de su fiesta, y la mañana y noche del 13, en lanzar torrentes de agua sobre los nuestros verbeneros, y una buena cantidad de rayos y centellas, con sus correspondientes relámpagos y truenos.

Esta pirotecnia celeste dió al traste con muchas ilusiones juveniles.

¡Cuántas vaporosas blusitas de seda, y qué de livianas faldas han quedado entre las manos de sus gentiles dueñas, sin ceñir opulentas y cimbreantes caderas y ocultar bellísimos cuerpos de quince abriles, ó las maduras y sabrosas gracias de sabias jamonas!

San Antonio de Padua no ha sido este año el protector de amoríos y descubridor de cosas perdidas —observad que los novios siempre parece que buscan algo; que, á lo mejor, encuentran demasiado—; San Antonio, el taumaturgo que conversaba con los peces y á quien las andaluzas surgen en un pozo con una cuerda atada al pescuezo, en lugar de un santo joven y guapo, agrador y galán, es al presente un arisco teniente coronel, con unos bigotes recortados como cepillos, que huele á pólvora, y sólo piensa en la pólvora y las batallas, y en los momentos tranquilos sueña con el ascenso.

¡San Antonio de Padua, eso que has hecho de aguar las verbenas de Madrid, es una infamia impropia de un santo tan afecto á las mujeres!

¡Piensa que todas esas pobres niñas que se agostan en talleres y fábricas, sólo desean el esparcimiento de las hermosas noches aromadas de albahaca y hierba Luisa!

REQUIEBROS POLICÍACOS:



—¡Menuda pareja podíamos hacer «usté» y yo, prenda!

—Gracias, guardia; pero haga usted pareja con otro «congénere», porque á mí no me hace su número.

DE LA CALLE



—Ya ves: ése á los toros, con dos mujeres, y nosotros, sin gorda.

—La cuestión era tener mujer, que entonces también tendríamos lo demás.

Durante muchos meses sufren privaciones y martirizan sus benditas manos con el áspero trabajo, soñando con que vendrá una noche cálida y plétórica de alegría en que sus dedos se entrelazarán á otros dedos masculinos y en que sus oídos escucharán palabras de amor y de ilusión. ¡Glorioso San Antonio, protege á tus lindas devotas y no las dejes sin verbena, porque la verbena es la única compensación á tantas tristezas como sufren en el diario vivir!

La noche del día 12, una pizpireta vecinita mía se asomaba á una ventana, y con sus ojos de sensualidad y misterio miraba al cielo para ver si los negros nubarrones se disipaban y las estrellas se disponían á contemplar la felicidad de las mocitas á quienes la noche verbenera proporciona, no un esparcimiento, sino, á veces, la alegría de toda una vida.

¡San Antonio, ten piedad con lo único bueno que hay en el mundo: con las mujeres!

Si no atiendes mi ruego, creeré que la guerra ha endurecido tu corazón, y renegaré de tu nombre, que es el mío.

ANTONIO DE LEZAMA

...Y vamos tirando.

A un borracho empedernido, le gritaba don Clemente:

—Noventa años ha vivido un hombre que no ha bebido jamás, vino ni aguardiente. ¡Su conducta fué ejemplar! Y el borracho, sin tardar, le dijo: —Vaya usted al cuerno; pues si los llega á probar, de seguro se hace eterno.

A un chico muy avestruz, le decía don Ginés:

—Aunque ya ne crezcas más, siempre tendrás cuatro pies.

Se le moría á un cesante la mujer de pulmonía, y entre lamentos decía:

—Yo me muero en un instante.

Y él gritaba: —«¡Ay, Soledad! jamás te he dado un disgusto; si ahora te mueres á gusto, hágase tu voluntad.

Luis ESTESO

LOS REFRACTARIOS

Cantares baturros.

Desde que amanece el día,
hasta que el sol se despide,
te veo haciendo bolillos...
bolillos con las narices.

Al mes de habete casau,
tuvistes ya dos jamelos;
mejores mozas que tú
tardan más y paren menos.

Aunque de letras no entiendo,
en tus ojos leo bien;
sé todo lo que me dicen;
lo que se callan, también.

Ya florecen los almendros
y la nieve se deshela.
Ya te relucen los ojos.
¡Ya viene la primavera!

Al ver tu garbo, aprendieron
á mecese las mimbreras;
y aprendieron de tus ojos
á parpadar las estrellas.

«Contigo, cebol'a y pan»,
suelen decinos las novias;
(y luego no hay quien les haga
agarrase á la cebolla).

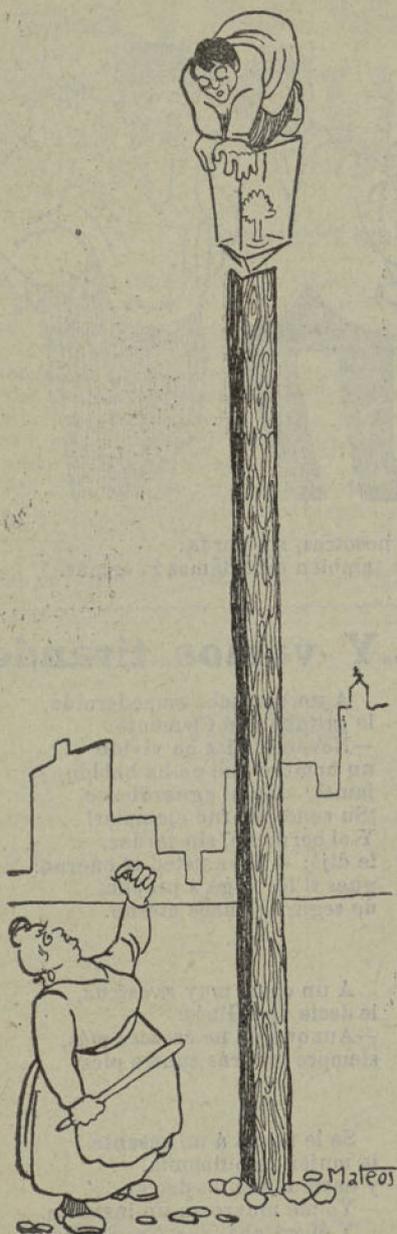
Si güenas, porque están güenas!;
si malas, porque están malas;
las mujeres no debían
devantarse de la cama.

Si quieres, maña casate,
no festejes mucho tiempo,
que las rilaciones largas
suelen traer rompimientos.

Al alcalde de mi pueblo
le gustan las cosas drechas;
(pero le gustan aún más
a la señora alcaldesa).

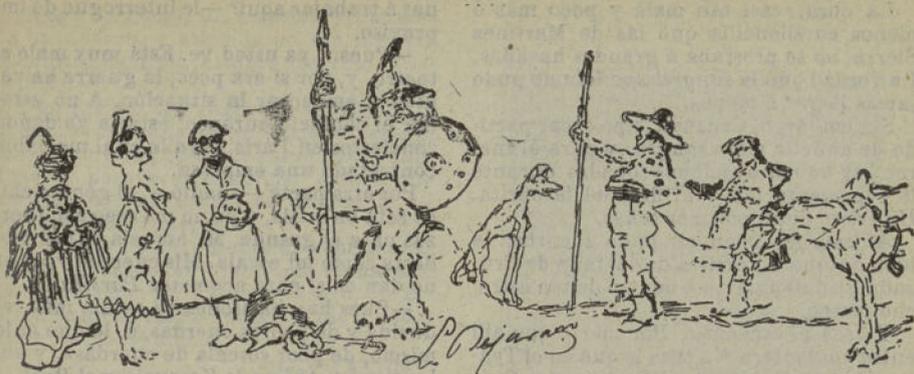
Los naranjos dan naranjas;
las encinas dan bellotas;
y la mujer y el castaño
suelen dar la mesma cosa.

Luis SANZ FERRER



—Diviértete y haz cuanta burla quieras; porque al fin, acabarás por bajarte de ahí.

—Pues me resistiré todo lo que pueda.



Nuestros artistas y la guerra.

Un baritono modesto y con sentido común.

No digo que Gregorio Cruzada es un baritono mucho mejor que Sagi Barba, porque infinitamente mejor que el cursi baritono de *Los cadetes de la reina*, soy yo, y conste que con una romanza mía llueve más que cuando enterraron á Zafra (q. e. p. d.)

Cruzada es un baritono muy estimable y, por contera, un gran cómico, cosa poco frecuente en los baritonos. Ah, y además, es muy modesto y tiene sentido común, cosa aún menos frecuente en los cantantes.

De todo ello es buena prueba la conversacion que mantuvimos, no hace mucho tiempo, en un departamento del tren que va desde Dresde á Amsterdam.

—¿Seis español? —le pregunté, recordando el *tren expreso*, que no era precisamente en el que viajábamos nosotros.

—Más que Lerroux, señor.

No hacia falta mucho; pero lo puse en duda, por cuanto momentos antes oí á mi interlocutor cantar, asomado á la ventanilla, una canción napolitana.

De ahí que me permitiese objetar:

—Pues hubiese jurado que era usted italiano.

—Pues no, no —insistió—; soy español, y soy artista: baritono del género chico. Y que le conste á usted que lo de ser baritono lo oculto cuando puedo; pero lo de ser español, lo digó con orgullo, al contrario de otros artistas que se dicen extranjeros y han nacido en Argamasilla de Alba, pongo por ciudad limitrofe.

Llegábamos á Amsterdam:

—Que usted siga bien. Gregorio Cruzada, para servirle. Dentro de pocos dias, en Madrid, tiene usted su casa.

Me dió la mano y desapareció, raudó, por entre las puertas del andén.



Gregorio Cruzada.

A los pocos dias tenia yo, en efecto, «mi casa» en Madrid, que no era precisamente la que me brindó Cruzada; pero que no estaba muy lejos. pues que el apreciable baritono trabajaba en Barbieri y yo habia alquilado un hotel de la calle de la Fe.

Una noche lei en los carteles: «*Sangre española*. Gran éxito del baritono señor Cruzada.» Y entré...

La obra, casi tan mala y poco más ó menos cursiloncilla que las de Martínez Sierra, no se prestaba á grandes hazañas. La verdad que la *sangre española* no pudo jamás llegar á menos.

Sin embargo, Cruzada supo sacar partido de aquella mala sangre, y para él fueron las únicas ovaciones sonadas durante la representación y al final de la obra. Un triste final, por más señas.

Al caer el telón no pude soportar la idea de que un artista de la talla de Cruzada, se desenvolviese dentro de tan estrecho marco.

Y pasé al escenario. Por cierto que allí entra cualquiera. No pasa lo que en el Teatro Madrileño, donde sólo entran los amigos de la casa y algún que otro concejal, aficionado al parcheo de artistas.

Cruzada, en traje de veterano, me recibió afablemente. (Saludos, apretones de manos, alusión á nuestro viaje por Alemania, etc., etc.)

—Y ¿por qué limita usted sus aspiracio-

nes á trabajar aquí? —le interrogué de improviso.

—Pues... ya usted ve. Está muy malo el teatro, y, por si era poco, la guerra ha venido á empeorar la situación. A no estallar el conflicto europeo, estaría yo dando conciertos en París, para lo cual me había contratado una empresa.

Por otra parte —añadió—, el género chico está en crisis, y yo no me creo con fuerzas para el grande. Mi escuela es tan modesta como mi escala. Mis cuerdas vocales no dan de sí para acometer *Parsifal*.

—Pues hay baritonos de escala más reducida y de peores cuerdas, ó, lo que es lo mismo, de peor «escala de cuerdas», y ahí los tiene usted en la Zarzuela y el Real.

—Exacto; pero en el pecado llevan la penitencia. Gansn poco, gastan mucho en vestir, y no se acuerdan de cómo saben los aplausos. Yo prefiero estos teatrillos, simpáticos y sin pretensiones, en donde un partiquino es una parte, al revés que en esos otros sitios, donde les dan cada pata-da á las partes que tiembla el misterio...

TRES MIL METROS DE CINTA



(Esto suele ser lo que se ve en el cine. De lo que no se ve, no es imposible publicar nada, precisamente por eso: porque no se ve.)

Luego hablamos de amoríos y chismes de bastidores, y también en esa materia se mostró Cruzada hombre discreto y talentoso.

Y es que no hay regla sin excepción, y Gregorio Cruzada es un baritono excepcional, porque posee las susodichas cualidades y porque es el primer artista que confiesa honradamente en cuánto le ha perjudicado la guerra...

No tengo inconveniente en repetir, antes de acabar estas líneas, que en un país donde el señor Barba gana dinero, los artistas como Cruzada debían tener un *chalet* en la Castellana...

CÉSAR JALON

PERDÓNAME...

Perdóname. Fui brusco, y acaso te ofendí, sin yo quererlo... No tuve yo la culpa... ¡Tú ya sabes que son siempre mis nervios

REFORMAS POSTALES



—Me parece bien que se haya puesto coto al abuso de escribir cartas á la lista de Correos.

—Yo también, maridito mío. Y eso que hay alguna que se pasa de «lista».

LOS NUESTROS



Tino.

He aquí una copia que dice bastante en favor del original, porque no negarán ustedes que «Tino» es un dibujante original. Con un estilo absolutamente suyo, pocos años y mucho talento, «Tino» conseguirá cuanto quiera, y ¡ojalá que ninguna lectora se vea en el caso de llorar por haber perdido el «tino»!

los culpables de todo!...

¿Me perdonas?... ¿Sí?

¡Pues toma un beso en pago del perdón!

Dame tú otro;

si no, voy á tener remordimientos!...

¡Qué bellos los enfados del amor, que traen luego lágrimas y disculpas, y promesas... y besos!... ¡Las promesas de siempre y los eternos besos! Es cosa de enfadarse á todas horas, sólo para eso: ¡para gustar más tarde el encanto de los contentamientos!...

¿Verdad cariño mío, que es gran cosa tener así los nervios?...

EMILIO SEGOVIANO

Del diario de una ingenua.

«Abril, 21.

» ¡Estoy loca de alegría! ¡Por fin veo cumplidos mis deseos! ¡Ya tengo novio! Yendo al taller esta mañana, un joven rubio, bien vestido, que dice llamarse Luis y ser estudiante de Derecho, se me declaró. ¡Qué de cosas me dijo! ¡qué palabras las suyas más hermosas!... Por cierto que no pude negarme á corresponderle.

» ¡Tantas ansias tenía de encontrar á quien querer y á quien hacer confidente de mis secretos, que hoy, que ya tengo novio, me creo la mujer más feliz del mundo! »

«Abril, 30.

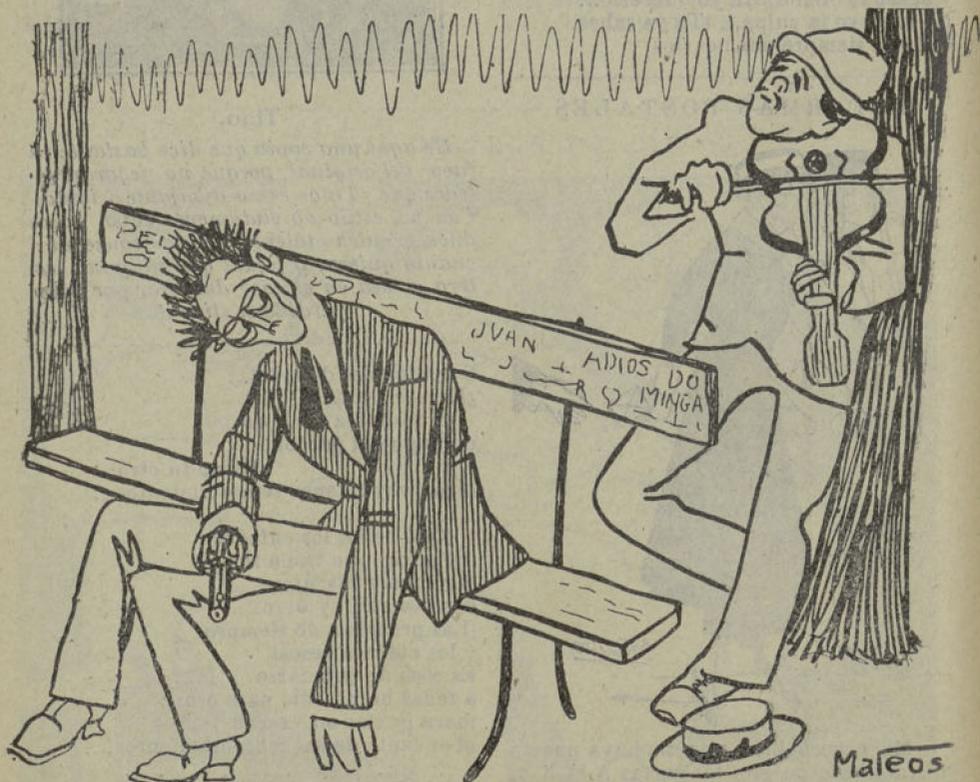
» Papá y mamá no lo saben aún; pero lo

sospechan. Yo no sé cómo se las han arreglado; pero el caso es que lo han leído en mis ojos. Por lo menos, tal me han dicho... Yo, ¡claro está! lo he negado rotundamente. Sé que el genio de papá es muy arrebatado, y que poco le costaría rompernos una costilla, como llegase á encontrarnos juntos... Me increpó duramente:

» — ¡Conque ya comadreando por ahí! ¡Como llegue á encontrarme con el *tagarote* ese que te sorbe el seso, le voy á *remper* algo!

» Yo rompí á llorar. ¡Pobre Luis! ¡Tan bueno como es, y correr el peligro de que papá le rompa algo!... Pero mamá fué más noble; siempre fué más cariñosa para mí, y en esta ocasión no le faltaron palabras con qué consolarme. Sin embargo, no me decidí á confiarle mi secreto. »

EL ÚNICO MURGUISTA OPORTUNO



— Me voy, al fin. ¡Adiós, Domingal!

— Oiga, suicida: ¿no podría usted prescindir del «do», que me hace falta para una partitura?

«Mayo, 4.

»Papá sigue empeñado en que ha de romperle algo á mi novio. Mamá ha insistido tanto, que no he podido ocultarle por más tiempo mis amores con Luis. Quedó muy satisfecha de mi confesión y ha prometido protegernos contra las iras de papá.

»De más está decir que Luis está muy contento.»

«Mayo, 9.

»Esta mañana mamá me ha llamado aparte y me ha hecho infinidad de observaciones. En primer lugar, me ha dicho que si Luis me pide un beso, que no se lo de; porque es seguro que tras el beso podrá pedirme algo más que no debo darle. —¡Algo más!— pensé yo—; ¡qué podrá pedirme que no debo darle y que ignoro! Ha de ser, indudablemente, algo muy grave, porque al decirme lo relampaguearon los ojos y había en sus palabras cierto temblor de duda, de miedo y de vergüenza... Pero, allá veremos; por lo menos, procura ré no darle ni un beso...»

«Mayo, 12.

»¡No he podido evitarlo!... Anoche me habló Luis del porvenir, de nuestra felicidad, y había en sus palabras tanta dulzura, que sin querer me sentí vencida, su gestionada. Me pidió un beso y se lo di... Repito que no pude evitarlo: por eso lloré amargamente después de acostarme y con el rostro oculto entre las sábanas. A mamá no se lo dije; comprendí que aquello era algo grave, y preferí evitarle un disgusto; además, podía enterarse papá y ser yo entonces la que saliese con algo roto...

»Mis dudas son cada vez mayores. ¡Qué podrá pedirme Luis después de haberle dado un beso! ¡Qué podrá darle yo que me deshonoré!... Confío en que el tiempo se encargará de satisfacer mi curiosidad.»

«Mayo, 21.

»Después de nuestro primer beso hemos seguido besándonos, y hasta la fecha no me ha ocurrido nada que pueda tildar de grave. Esta noche, sábado, después de nuestra entrevista, Luis me ha enviado una carta. ¡Una carta! La abrí y lei ávidamente sus bien trazados renglones. Decía: «Mi amada Esther: Si es verdad que me adoras, si es verdad que tu corazón palpita por mí, no me niegues la prueba de cariño que te pido. Mañana, domingo, á las dos de la tarde, te espero donde siempre. Si no acudes á esta cita inocente, llo-

LAS CHAPAS DEL CONFLICTO



(«No me hable usted de la guerra», dicen las chapas; y aunque habliarles de otra cosa fuera perder el tiempo, hay más de cuatro, como la muestra, que la llevan por poder decir que llevan chapa.)

ra por el eterno descanso del alma de tu Luis.» — ¡Qué horror! ¡Matarse por tan poco!... ¡No, no; lo evitaré! De cualquier modo, nada me cuesta acudir á la cita. Me la da él con la máxima naturalidad que puede dársele yo... Además, no creo que esto pueda ser lo grave á que mamá se refería.

» ¡Estoy emocionadísima! ¡Cuántas ansias tengo de que llegue el momento de la cita para convencerme que no puede ser más inocente ni más natural!»

«Mayo, 22.

» Me he convencido, al fin, que la cita no tenía nada de particular, por más que he experimentado sensaciones desconocidas.

» Luis fué puntual; á las dos de la tarde me esperaba en el lugar de siempre, con un coche. Subimos á él y el cocherito nos condujo, á todo escape, á una casa de la Avenida Alvear, que no olvidaré nunca.

LA LAVANDERA



TINO.

— Señoritas: ustedes perdonen; pero venía á recordar á la señorita la cuenta del mes...

— Pues no hacía falta. Por desgracia, tenemos muy presente la cuenta.

Nos apeamos, y un momento después, sin darme cuenta de cómo había entrado, me encontré en una habitación lujosa, confortable; y lo que más me admiró fué contemplar una mesa servida en la que había los más exquisitos manjares. ¡A la contemplación de aquéllas vislumbré una tarde agradable y feliz!

» — ¡Esta es tu casa? — le pregunté.

» — Sí — me respondió Luis, con cierta petulancia.

» ¡Yo me quedé encantada! ¡Qué lujo había en todo! ¡Qué muebles! ¡Qué cuadros! ¡Qué vajillas!...

» Me aventuré á preguntarle:

» — Cuando nos casemos... ¿vendremos á vivir aquí?

» — Sí — volvió á responderme.

» Recordé que me había hablado muchas veces de su mamá y de sus hermanas, y ardía en deseos de conocerlas.

» — ¿Me presentarás á tu mamá y á tus hermanas?

» Luis tornóse lívido. Al pronto no supe por qué, pero en seguida salí de dudas. Su mamá y sus hermanas habían salido... y, naturalmente, debido á esta circunstancia, nos hallábamos completamente solos.

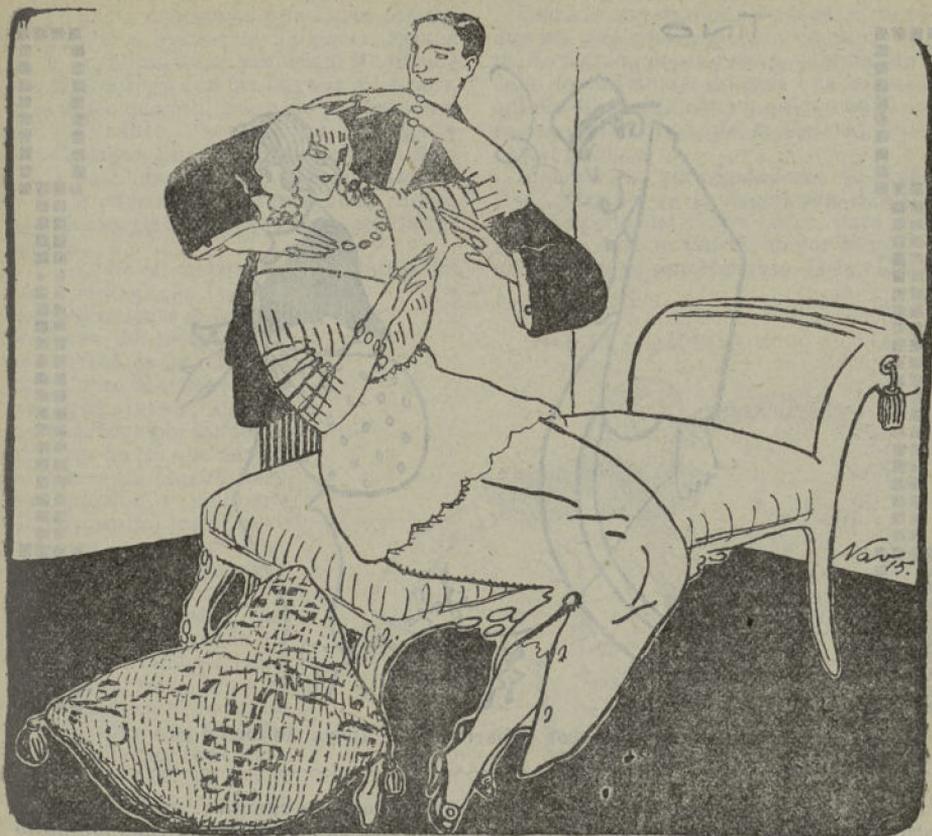
» Á una invitación de él, me senté á la mesa. Comimos. Puedo jurar que ésta fué la primera vez que comí tan á gusto. Sin darme cuenta abusé del vino, y éste se me subió á la cabeza; mas no por eso perdí la noción del tiempo ni del lugar en que me encontraba.

» Al terminar la comida, Luis se acercó á mí, y me besó; en seguida me enlazó con un brazo la cintura... y me oprimió fuertemente. Yo sentí entonces una sensación extraña y dulce al mismo tiempo... y no dije nada...

» Hasta este momento no me había pedido nada; de modo que nada podía negarle. No olvidaba, sin embargo, los consejos de mamá, y en cuanto osase pedirme lo más mínimo, ya sabría yo que eso era lo malo... y se lo negaría... ¡ya lo creo!

» Luis continuó besándome y apretándome...

CRÍMENES PASIONALES



—Por Dios, Pepe; reflexiona... Lo que menos me importa, es la muerte; pero máta-me «después».

»Yo le dejaba hacer...

»O mamá no supo lo que me decía, ó Luis era todo un caballero; lo cierto es que no se había atrevido á pedirme nada todavía...

»Un momento después, sus besos me quemaban los labios; mi cuerpo todo ardía presa de un calor volcánico... —¡Dios mío! —pensaba yo—. ¿Será esto algo malo? — Me convencí muy pronto de que no debía serlo, pues cuanto más me abrasaban sus besos, más y más los apetecía...

»De pronto perdí el conocimiento... pero al darme nuevamente cuenta de mi situación, vi á Luis á mi lado, desorbitado, pálido, conmovido... Yo me sentí también

muy fatigada, y mis cabellos caían desgredados sobre mis hombros...

»Sin embargo, Luis no me había pedido nada, y nada pude negarle.»

«Mayo, 22 (por la noche).

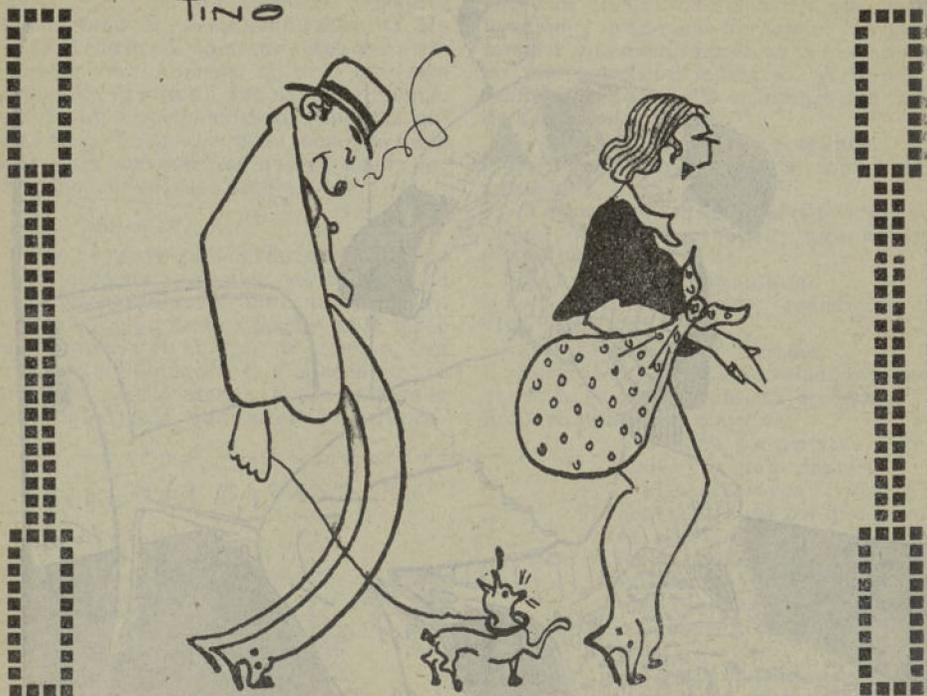
»Al regresar á casa, mamá observó en mi rostro las huellas de algo muy grave. ¡Yo estaba asustadísima!... Durante media hora, no cesó de preguntarme: —¿Te pidió algo? ¿Le diste algo? — Y yo, naturalmente, le dije la verdad: no me pidió nada, ni le di nada tampoco...»

«Mayo, 25.

»¡Estoy afligidísima! Tres días han trans-

LOS ATRACADORES

TINO



—Vamos, *Sultán*, no seas «sibarita», que ahora me toca á mí.

currido desde el memorable aquel en que estuvimos juntos Luis y yo, y en ellos no he vuelto á verlo, ni aun se ha dignado escribirme. ¿Me habrá olvidado? ¿Se habrán disgustado su mamá y sus hermanas de que me naya llevado á comer á su casa?... Necesito averiguarlo.»

«Mayo, 27.

»He ido á la casa á que Luis me llevó; estuve en la misma habitación, y, sin embargo, me han asegurado que, ni vive allí, ni le conocen. ¡Qué canalla! ¿Se habrá burlado de mí?... En medio de mi desesperación, lloré como una loca.

»Al regresar á casa, le enseñé la carta á mamá, y le conté lo ocurrido. ¡Válgame Dios! ¡Jamás se me ocurriera! Al escuchar mi relato la dió una especie de síncope, y hubo necesidad de llamar al doctor. Una vez restablecida, me increpó duramente, y me hizo comprender que le había dado á Luis lo que no debí darle jamás á ningún hombre que no fuese mi marido. Le pro

metí tenerlo en cuenta.. y, sin embargo, una duda me consume: *Ni Luis me pidió nada, ni yo recuerdo haberle dado lo más mínimo...*

»Pero ahora que el infame, el pillo, el ladrón y el calavera de Luis me ha olvidado, estoy con más deseos que nunca de contárselo á papá para, que lo busque y, en cuanto lo encuentre, le rompa algo...

José M. BRANA

Buenos Aires.

EN BREVE

“Escenarios madrileños,”

por CÉSAR JALÓN

Confesión en juicio

No hacía dos meses que había comenzado á ejercer la abogacía. Estaba orgulloso de mi profesión. Me mandé hacer una toga que me llegaba á los pies, y lo único que sentía era no poder lucirla por esas calles, á lo menos los domingos y días festivos. Puse en mis tarjetas un *Abogado* casi tan grande como el nombre, y en la puerta de mi despacho la correspondiente placa de porcelana con letras azules.

Coincidió mi matrícula en el Ilustre Colegio Malsgueño, con el establecimiento de las Audiencias de lo Criminal, por virtud de las reformas de Alonso Martínez, que aún subsisten, aunque amenazadas por las testarudeces de los que desean adular á un ilustre hombre público y eminente jurisconsulto, oportuno siempre, menos en estos proyectos que patrocinan caciques y aspirantes á jueces municipales, por la cuenta que puede tenerles. Fui nombrado abogado fiscal sustituto, y no me cambiaba ni por el fiscal del Supremo. A todas horas salía por esas calles de *bimba* y levita, con el botón negro y blanco en el ojal. Me dió por meterme en donde no me llamaban, y por reducir á prisión á un ciego borracho; por poco si me saltan un ojo de un bastonazo, cierta tarde en Puerta Nueva. Fué un palo de ciego que achicó un tanto mis actividades fiscales.

Cuando me daban un extracto de causa para acusar, sentía un placer interior que disimulaba muy mal.

Hacía informes kilométricos; pero después venían letrados, como el maestro Rando Barzo, el incansable Arturo Torres ó el popular Diaz Martín, y me daban unas palizas, moral y jurídicamente ha-

blando, que me ponían como nuevo. Vos están y podrían certificarlo.

Hacia el mes de Junio de 1884, recuerdo que me tocó acusar en una causa de hurto. Se trataba de un ratero, oriundo de la calle de la Puente, de esos que se pasan quince días en la calle y quince en el *Refugium peccatorum* de la Goleta, vulgo cárcel pública.

Llamábanle sus compañeros de fechorías, cofrades de la Asociación de Caco, por el apodo del *Chirri Chico*, para diferenciarle de otro *Chirri*, mayor de edad y maestro en el conocimiento de la ciencia

SOLILOQUIOS

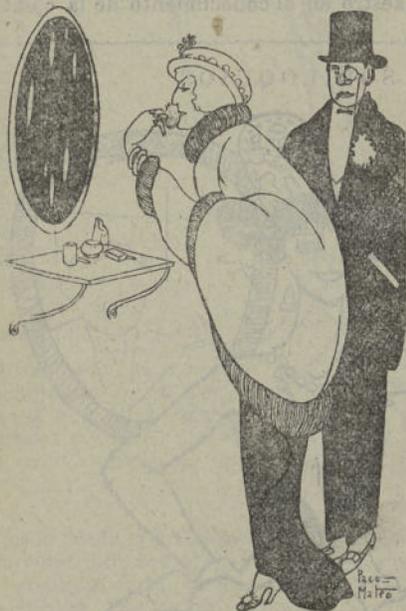


—Me gustaría á mi hablar con ese inglés de *La cortina roja*, esa obra de Eslava. El tal inglés regala á las jóvenes quinientas pesetas y unas medias verdes. ¡Yo también le devolvería las medias; pero puestas!

de tomar lo ajeno contra la voluntad de su dueño. *Chirri Chico* tenía aptitudes excepcionales, pues nadie como él sabía engañar catetos, ni hacer trampas en el juego de las tres cartas. El proceso que se le seguía era por haberse apoderado, suave y blandamente, de un portamonedas que dormía el sueño de los justos en el bolsillo de cierta señora.

Empezó el juicio. Tiesos, graves, ce-

LAS REFRACTARIAS



—Lo que es las mujeres, mejor os que dáis sin comer, que sin polvos. ¡Ya tengo gana de que se invente otra cosa!

—Si ya se ha inventado; pero yo soy refractaria al invento.

rrando los ojos alguna que otra vez, aburridos sin duda del oficio, los tres magistrados, que eran por cierto tres buenos funcionarios, prestaban atención á los escritos de conclusiones, formando ya su juicio, pues la práctica me ha enseñado que en la mayor parte de los procesos, huelgan los informes de las partes, y si no fuera mucho decir, hasta las declaraciones de los testigos.

El presidente, que era un recto magistrado, de gran ilustración y digno de las

mayores simpatías, pero un poco sordo, aunque trataba de disimularlo, me concedió la palabra para que examinase al acusado.

Tosi, reforciéndome el bigote, eché una mirada á los *abonados de primera fila*, es decir, al público que no falta ningún día á la Audiencia, y empecé á preguntar.

El ratero, que había confesado en el sumario, no quiso faltar á su *caballerosidad* en el juicio, y confesó por no desdecirse.

El defensor se movía impaciente en el sillón, y por lo bajo llamaba bruto á su cliente, que así se entregaba al brazo de la justicia.

El acusado dijo:

—Pos verá osté, señor fiscal: yo marri-mé á la señora, toqué el portamoneas y metí dos deos en el bolsillo. Pero tuve la mala suerte de que la señora se apercebiera, y fué porque yo estaba temblando de mico...

Entonces le interrumpí, diciendo:

—¿Confiesa usted que tenía miedo?

El *Chirri Chico* replicó, bajando los ojos:

—Si, señó; tenía mico de que el portamoneas estuviese vacío.

NARCISO DIAZ DE ESCOVAR

Tres historias al vuelo.

I

Cómo Lorenzo Urbano vino á casarse con su viuda? Lorenzo Urbano y Mercedes Guardia, novios formales, tuvieron á bien adelantar la primera noche; y, aun cuando el orden de factores no altera el producto, fué una desgracia, una desgracia muy corriente. Lo que no pasó en cuatro años de relaciones, pasó en una hora... y en muchas que se siguieron, como es de presumir.

Pero Lorenzo, lamentablemente voluble, abandonó á la novia *infelice*; lo que es también bastante frecuente. ¡Oh, la ingratitude de los amantes afortunados y ahitos! ¡Morder la fruta y dejarla después en el mercado, para que sea desdeñada por los demás!...

Sin embargo, Lorenzo la quería...

Y corrieron dos años.

Un día, Lorenzo, buscando el anuncio de algo que le interesaba, leyó en su diario habitual: «Joven viuda, honradísima, desea casar con caballero digno. Algún capital. Calle, etc.»

A pesar de estar acostumbrado nuestro Lorenzo á la lectura de reclamos semejantes, sintió una curiosidad vagamente infantil por la incógnita dama del anuncio de cinco líneas.

A Lorenzo le atraían las *huérfanas de marido*. Y, sin demandar retratos, ni otras zarandajas, decidió ir á conocer á la viuda...

¡Era Mercedes, su Mercedes!...

—¿Tú, viuda? ¿De quién?

—¿Y tú preguntas de quién, Lorenzo pícaro? ¿De quién había de ser?..

Renunció al patético de la esesna, como cualquier novelista. El resultado de aquel encuentro inesperado fué... que Lorenzo se entregó á poco en la Vicaría, y Mercedes fué ya legítimamente Guardia Urbana... Así se explica que Lorenzo dijera á sus amigos cómo se casaba con su propia viuda...

II

Ni el sitio de Port Arthur, ni el de Przemyls, fueron más tenaces que el cerco puesto por Juanito López, amigo mío, á cierta muchacha, Carmencita, casta como aquella Venus de la alberca que se llama Sasana en el sagrado *Libro de los Jueces*.

Con cartas, con terceras personas, con dones, procuraba Juanito atraerse á la bella inaccesible. La niña era una estatua: hermosa y de mármol, aunque no afirmaré que como la pagana Venus de Milo, ya que ésta es dolorosamente manca, mientras que, por el contrario, Carmencita sacudió cierta vez al galán atrevido un par de bofetadas masculinas.

Pero Juan, lo que pasa, más decidido cada día por la inabordable.

Hasta que ésta se rindió, por fin, como cualquier plaza fortificada...

Fueron á una casita esquiua y misteriosa: pasaron á una habitación confortable, de cierta familiaridad arisca; rechinó un pestillo y quedaron solos. ¡Al fin, solos!...

Todavía Juanito llegó á temer una nueva resistencia de la muy difícil, y efectivamente.

De pronto, Carmencita se volvió con brusquedad al seductor, y le dijo:

—Bueno; pero yo no me quito nada ..

III

Se fugó, viajó y abortó. Los tres preteritos de Juana.

El novio consultó pronto su conciencia, consultó su bolsillo; salió, solo, del hotel á

SEQUIA PERTINAZ



—Vaya un verano. Me he querido establecer para ser ama, y estoy resultando un «ama... seca».

renovar el kilométrico, y todavía está utilizándolo...

Juana lloró su abandono en la habitación hospederil, lloró luego en el consolador regazo de un amable camarero y, á poco, tuvo que mudarse desde el hotel á la casa hospitalaria de una señora muy buena, muy distinguida, la *Pelá*, entre sus elegantes amistades.

La estancia de Juana en tal casa se propaló en el casino, y eundió la curiosidad de rigor por la nueva, que para aprovechamiento de la *Pelá*, era la casa. Eterno y triunfal prestigio de la carne fresca.

El muy sabroso palmito de Juana tuvo un éxito morrocotudo. Diez socios del casino fueron alternativamente presentados á la nueva, el mismo día...

Y la pobre Juana se lamentaba llorando y gimiendo lastimera, cuando se hubo marchado el décimo amigo:

—Yo, no; yo no sirvo para esto...

J. PEREZ RAMIREZ

Agentes exclusivos en Sud América
MASIP Y COMPAÑIA
RIVADAVIA, 698.—BUENOS AIRES

Talleres particulares de Ediciones «España»

Agente exclusivo para los anuncios de LA HOJA DE PARRA

Francisco Pastor, San Bernardo, 1, 3.º

IMPRESA

DE

Ediciones España

Calle de Santa Isabel, 45.

Apartado 547. MADRID Teléfono 1.843.

LA INGLESA

Primera casa en gomas
higiénicas.

MONTERA, 35, (Pasaje)
y VICTORIA, 3, Crtopedia.

Catálogo gratis enviando sello.

HOMBRES

Faltos de energías, nerviosos, impotentes, gastados por abusos de Venus, solitarios, alcohólicos, pesares, estudios, & viejos sin años, recobrarán las fuerzas de la juventud con el VIGOR SEXUAL KOCH de uso externo. Los medicamentos al interior, si son débiles, estropean el estómago y no producen efecto, y si son fuertes matan la salud. El VIGOR SEXUAL KOCH se vende en las boticas bien surtidas del mundo. Conviene que para determinar el grado de DEBILIDAD se pida á la CLINICA MATEOS, Arenal, 1, 1.º, MADRID (España) el GRAFICO SEXUAL, y lo recibirá gratis por correo, reservadamente.

Antes, EN EL LECHO CONYUGAL y después!

Condiciones que han de reunir el hombre y la mujer para considerarse aptos para la relación sexual (órganos genitales, estructura, dimensiones, defectos que imposibilitan, etc.) Consejos que deben tenerse en cuenta en la relación sexual para que ésta se verifique en forma fisiológica (placer, duración, posiciones masculina y femenina, etcétera); precauciones que deben adoptarse para que los abusos no debiliten, perturben ó aniquillen el poder genital, conservándose siempre la virilidad y potencia de la juventud más robusta. Es pues, este libro una verdadera guía para el hombre y la mujer que quieran conocer los secretos más íntimos de la relación sexual, considerando su placer y detallando las aberraciones del instinto genital, hijas de la lascivia y el libertinaje. **3 pesetas.** Buenas librerías de España.—En Madrid, Fè, San Martín, Puerta del Sol, 15 y 6; Ros, Jacometrezo, 80. Se remite por correo certificado, enviando 3 pesetas por Giro postal á Archivo. Apartado 432, Madrid.

CUATRO LIBROS INTERESANTES

Fruta prohibida. = Los quince goces del matrimonio.

Misterios y secretos del lecho conyugal (dos tomos con grabados).

Se envían á provincias, certificados, los cuatro tomos por cinco pesetas en Giro postal, mutuo ó sellos de Correos. Al extranjero y América se mandan por cinco francos ó un dollar.—Los pedidos, con su importe, diríjanse únicamente á Antonio Ros, librero, Jacometrezo, 80, 4.º derecha, Madrid (Casa fundada en 1896).—Biblioteca privada.—Catálogo gratis remitiendo sellos por valor de 0,50 ptas.—Exportación, por mayor, de revistas ilustradas y periódicos á los señores librerías y correspondientes de España y América.